

JOSÉ MIGUEL GRANADOS TEMES

“CREO EN LA FAMILIA”
Juan Pablo II y el amor esponsal

UCAM
PUBLICACIONES

A mi familia

“CREO EN LA FAMILIA”. JUAN PABLO II Y EL AMOR ESPONSAL

© José Miguel Granados Temes

© Fundación Universitaria San Antonio

1ª ed.: Murcia, 2010

I.S.B.N.: 978-84-92986-06-4

D.L.: MU-1905-2010

Edición realizada para la Universidad Católica San Antonio
por EN LÍNEA MAQUETACIÓN (enlinea@chdinformatica.com)

Impreso en España. Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial sin permiso expreso y por escrito de los titulares del Copyright.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN. “FAMILIA CRISTIANA, TÚ ERES LUZ, GOZO Y ESPERANZA”	15
CAPÍTULO 1. “CREO EN EL MATRIMONIO Y LA FAMILIA”	19
1. “El ‘credo’ del matrimonio, de la familia y de la vida”	19
a. Profesión de “fe familiar”	19
b. “Credere Deo, credere Deum, credere in Deum”	20
c. La estructura “familiar” de la fe	22
d. Motivo, contenido y fin “familiar” de la fe	23
e. Hacia la “familia” celestial	25
2. “Creo en Dios Padre todopoderoso, Creador... de quien toma nombre toda familia”	26
a. Fe y experiencia de la verdad del matrimonio	27
b. “Dios, Autor del matrimonio”	29
c. Partícipes del misterio de la paternidad divina	31
d. Educar: engendrar espiritual	32
e. Fe en el matrimonio originario	33
3. “Creemos en Jesucristo, que santificó la vida familiar”	34
a. El “evangelio” de la familia	34
b. Redentor del matrimonio	35
4. “Creemos en Jesucristo, el Esposo de la Iglesia”	36
a. Sacramento de caridad sponsal	36
b. Servir a la vida	37

5. “Creemos en el Espíritu Santo, que infunde en los corazones el amor que da la vida”	38
a. <i>La familia, comunidad fundamental de amor bello</i>	38
b. <i>La fuente del amor familiar</i>	39
6. “Creo en la Iglesia santa, familia de las familias”	40
a. <i>Reflejo del misterio de la Comunión eclesial</i>	41
b. <i>“Iglesia doméstica”</i>	42
7. “Profesamos que el sacramento del bautismo nos hace hijos de Dios”	43
a. <i>Sacramento de regeneración</i>	43
b. <i>Los primeros evangelizadores de los hijos</i>	44
8. “Creemos en la comunión de los santos, de todos los que, aquí en la tierra, fueron padres y madres, hijos e hijas”	44
a. <i>La familia, de la comunión originaria a la comunión escatológica</i>	45
b. <i>Esperanza familiar</i>	45
9. “Id por todo el mundo, y enseñad el evangelio de las familias”	46
a. <i>Familias evangelizadoras</i>	47
Conclusión: el “credo familiar”, precioso legado pastoral de Juan Pablo II	48
CAPÍTULO 2. “HOMBRE Y MUJER LO CREÓ”	51
1. Antropología-ética “adecuada” o integral: la vocación al amor en Cristo	51
2. Las “experiencias originarias” y su “admirable convergencia” con la Revelación divina	53
3. El “significado esponsal” del cuerpo humano	54
4. Naturaleza esencialmente personal del hombre y del obrar humano	55
5. El significado antropológico y ético de la remisión de Cristo “al principio” creacional y las características esenciales de la comunión conyugal	56

6. El ‘ethos’ cristiano de la redención del cuerpo y del ‘eros’	58
7. El amor esponsal como comunión procreadora	62
CAPÍTULO 3. ANTROPOLOGÍA, ÉTICA Y TEOLOGÍA DE LA ALIANZA CONYUGAL	65
<i>Introducción: La verdad de matrimonio es la alianza de amor conyugal</i>	<i>65</i>
1. Fenomenología de la Alianza y misterio del hombre	66
2. La realidad, fundamento y criterio de la alianza	69
3. La alianza conyugal: antropología y ética	70
4. Formas contrarias a la verdad de la alianza conyugal	76
5. Teología de la alianza conyugal: sacramentalidad	79
Conclusión: “Amor meus pondum meum”	82
CAPÍTULO 4. LA FAMILIA, ÁMBITO DE CONFIANZA ORIGINARIA	83
1. Aquel que busca	83
2. La confianza familiar y conyugal	84
3. Confianza paterna y materna, filial y fraternal	88
4. Confianza en Dios	89
CAPÍTULO 5. EL ÉXODO DEL “EROS”. INTERPRETACIONES REDUCTIVAS Y PLENITUD EVANGÉLICA	91
1. La primera fiesta familiar de la humanidad: “Esta sí que es carne de mi carne”	91
2. “Eros” como belleza que atrae hacia la comunión personal fecunda	93
3. El exilio: “lo expulsó del jardín del Edén”	96
4. El rigorismo puritano: el “eros” como fuerza “demoníaca”	100
5. La arrogancia del racionalismo: el “eros” como “química” de placer	102
6. La idolatría romántica: el “eros” como “magia” vital	104

7. <i>La conquista de la tierra prometida: el eros como promesa de un hogar</i>	106
8. <i>El regreso a casa: el “eros” redimido y glorificado</i>	108
CAPÍTULO 6. EL SIGNIFICADO DEL PUDOR	111
1. <i>Fenomenología del pudor</i>	111
2 <i>Comprensión antropológica y moral: el pudor como experiencia “de gozne”</i>	112
a. <i>Significado de la “desnudez originaria”</i>	112
b. <i>La “vergüenza originaria”</i>	113
c. <i>La concupiscencia de los ojos y el adulterio del corazón</i>	115
d. <i>La redención del “eros” como purificación del corazón y su mirada</i>	117
3. <i>El sentido del pudor y los malentendidos del “eros”: el deseo, de la sospecha a la hipertrofia</i>	118
a. <i>Interpretaciones rigoristas</i>	118
b. <i>Interpretaciones permisivas</i>	120
4. <i>El aprendizaje del pudor: educación afectivo-sexual adecuada e integral</i>	123
a. <i>La contaminación del erotismo</i>	123
b. <i>La primacía de la familia</i>	124
c. <i>La espontaneidad madura obtenida en la forja de las virtudes</i>	124
5. <i>Trabajar por una cultura del pudor</i>	126
CAPÍTULO 7. SPONSUS VOBISCUM. SOBRE LA RELACIÓN DE CRISTO CON EL AMOR ESPONSAL	127
1. <i>“El amor puede ser profundizado y custodiado solamente por el Amor”</i>	128
2. <i>“La única criatura en la tierra que Dios ha llamado ‘por sí misma’ a la existencia”</i>	129
3. <i>Cristo como Esposo y el amor humano</i>	130
4. <i>“El Esposo está con vosotros”</i>	132

5. “El matrimonio, sacramento que manifiesta el amor esponsal de Cristo”	133
6. “El Esposo es el mismo Dios que se hizo hombre”	134
7. “Sólo si participan en este ‘gran misterio’ los esposos pueden amar hasta el extremo”	135
8. “Cristo revela el hombre al hombre”	136
9. “El racionalismo moderno no soporta el misterio”	138
10. “El amor, para que sea realmente hermoso, debe ser don de Dios”	139

CAPÍTULO 8. EL “GRAN MISTERIO” DEL AMOR ESPONSAL EN

LA CARTA A LOS EFESIOS	141
1. El “gran misterio” del plan de salvación en Cristo	141
2. Análisis del texto de Efesios 5, 1-2.21-33	142
3. “Este es un gran misterio” (“Tò mystêrion toûto méga estin”)	145
4. De “mystêrion” a “sacramentum”	148
Conclusión: los tres planos del “gran misterio”	152

CAPÍTULO 9. LA ILUMINACIÓN RECÍPROCA DEL MATRIMONIO Y EL CELIBATO POR EL REINO DE LOS CIELOS EN LA TEOLOGÍA

DEL CUERPO DE JUAN PABLO II	153
1. Una enseñanza original	153
2. Antropología de la resurrección en el contexto de la teología del matrimonio y del celibato	154
3. El diálogo de Cristo con los saduceos sobre la resurrección	159
4. Escatología del cuerpo en la doctrina paulina	160
5. El “evangelio de la virginidad”	161
6. Las razones de su celibato apostólico	165
7. Tipología del celibato como vocación cristiana y eclesial	168

8. Iluminación recíproca del matrimonio y el celibato 169

9. Excelencia y mutuo estímulo de ambas vocaciones 171

CAPÍTULO 10. FAMILIA Y EVANGELIZACIÓN A LA LUZ DEL

CONCILIO VATICANO II 173

1. El hombre encuentra en Cristo el amor que busca 173

2. Una mirada a nuestra sociedad 175

3. El matrimonio, un proyecto divino 176

4. La verdad del amor conyugal 178

5. Procreación conyugal 179

6. El bien común del matrimonio y la familia 179

7. El futuro de la humanidad se fragua en la familia 180

CAPÍTULO 11. SOBRE EL VERDADERO AMOR QUE CUSTODIA

LA VIDA Y EL RESPETO DEL SIGNIFICADO ESPONSAL DEL CUERPO 181

Introducción 181

1. Revelación y descubrimiento del significado esponsal del cuerpo
en el misterio de la creación 183

2. La “vergüenza originaria” como dificultad para advertir la
esencialidad humana del cuerpo 185

3. Interpretaciones erróneas del deseo sexual 188

4. La redención del “eros” y la auténtica educación de la sexua-
lidad y del amor 193

*Conclusión: educar para el amor esponsal como requisito para
acoger el evangelio de la vida* 201

CAPÍTULO 12. FUNDAMENTOS ANTROPOLÓGICOS, CULTURA-

LES Y MORALES DEL EVANGELIO DE LA VIDA Y SU RELEVAN-
CIA EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA 203

1. Actualidad del “evangelio de la vida” 203

2. Fundamentos antropológicos: contemplar con profundo estupor la dignidad de cada persona	204
a. A la luz de la fe y de la razón	204
b. Significado personal del cuerpo humano	205
c. Dignidad del ser humano, creado a imagen de Dios	207
3. Construir una “cultura de la vida”: el evangelio que humaniza la sociedad	209
4. “Respetar y promover la vida”: evangelio y mandamiento	211
5. La iglesia, “pueblo de la vida y para la vida”, enviada para evangelizar mediante el servicio a cada ser humano	214

CAPÍTULO 13. LA CATEGORÍA DE “DOMINIO”, CLAVE DE LA

TEOLOGÍA DEL CUERPO	217
1. Una categoría clave	217
2. Dominio de la naturaleza y dominio de sí	218
3. Dominio, concepto analógico	220
4. Dimensiones éticas del dominio	222
5. Autodominio y don de sí	224
6. Dominio como manipulación	226
7. Conforme al “lenguaje sponsal del cuerpo”	228
8. La verdad del amor conyugal como criterio moral	232
9. Dominio virtuoso y procreación responsable	234
10. El verdadero dominio de la sexualidad humana	236

CAPÍTULO 14. PAUTAS DEL ACOMPAÑAMIENTO A LAS PERSONAS EN SITUACIONES DIFÍCILES

1. Pauta 1. Compasión y misericordia	242
2. Pauta 2. Aprender a dejarse ayudar	244
3. Pauta 3. La verdad como buena nueva	245

4. Pauta 4. Confianza en Dios y en el hombre	247
5. Pauta 5. Prudencia y gradualidad: las etapas de crecimiento	249
6. Pauta 6. Formación integral	251
7. Pauta 7. Vocación universal a la santidad	252
8. Pauta 8. Esperanza cristiana	254
CAPÍTULO 15. AMOR ESPONSAL Y RECONCILIACIÓN SOCIAL	257
1. Confrontación o colaboración	257
2. El matrimonio y la familia, en el centro de la construcción social	261
3. Los derechos de la familia	264

INTRODUCCIÓN.
“FAMILIA CRISTIANA, TÚ ERES LUZ, GOZO Y ESPERANZA”

“Familia cristiana: ¿qué dices de ti misma?; ¿qué eres?” Es la pregunta que hacía Juan Pablo II en el primer encuentro mundial de las familias (Roma, 8 de diciembre de 1994). Remedaba así las cuestiones que se hacían los padres del Concilio Vaticano II, de las que emanaron dos grandes textos. La primera: “Iglesia, ¿qué dices de ti misma?” La respuesta fue: “Soy como un sacramento de Cristo, Luz de los pueblos” (*Lumen gentium*). La segunda cuestión fue: “Iglesia, ¿qué dices hoy al mundo?” Y la asamblea eclesial dijo: “Enviada por Dios, soy servidora de los gozos y las esperanzas de los hombres” (*Gaudium et spes*). También la familia cristiana está llamada a ser para los hombres y los pueblos luz, gozo y esperanza. Durante los veinticinco años de servicio y magisterio como romano pontífice, Juan Pablo II nos ha enseñado a contemplar en actitud de asombro y a escuchar con respetuoso silencio el significado el misterio divino del amor humano en el proyecto de Dios en toda su belleza.

Los hitos este amplio *corpus* doctrinal, que supone un programa de renovación para la vida de la Iglesia y de la sociedad, son los grandes documentos que citamos a continuación. La exhortación apostólica *Familiaris consortio* (1981), fruto del Sínodo de la familia. La *Carta de los derechos de la familia* (1983), ofrecida a los Estados como definición de los fundamentos legales para la organización de una sociedad justa. Los seis ciclos de las catequesis desarrolladas en una serie de audiencias generales y recogidas en el volumen titulado *Hombre y mujer lo creó* (1979-1984), en los que profundiza sobre el significado personalista y sacramental del amor conyugal. La Carta apostólica *Mulieris dignitatem*

(1988), sobre la dignidad y vocación de la mujer en la Iglesia y en el mundo. La Carta a las familias *Gratissimam sane* (1994), con ocasión del año internacional de la familia. Asimismo, diversas e importantes cartas encíclicas. La *Veritatis splendor* (1993), sobre algunas cuestiones fundamentales de la doctrina moral de la Iglesia, en la que se ponen las bases para superar las crisis post-conciliares y auspiciar una renovación. La *Evangelium vitae* (1995), sobre el bien inviolable de la vida humana, su dignidad y valor, así como el deber de protegerla y promoverla. Y, en fin, numerosos documentos, discursos, catequesis y homilias en los que proclama el evangelio del matrimonio y la familia.

Aquí se presentan las claves de este rico y profundo magisterio. Las páginas de este libro son el fruto de años de estudio y de docencia, llevada a la vida con la acción pastoral en el ámbito del matrimonio y de la familia.

Volvamos a la pregunta que dirigía el Sumo Pontífice en el primer encuentro mundial de las familias: “Familia, tú ¿quién eres?” La familia participa del ser mismo de Dios, Comunión de Amor eterno e infinito, plasmado en lo íntimo del ser humano: “la comunión del hombre y la mujer en el matrimonio responde a las exigencias propias de la naturaleza humana y es, a la vez, reflejo de la bondad divina, que se manifiesta como paternidad y maternidad”. Por ello, les decía a los esposos cristianos: “La gracia sacramental del bautismo y de la confirmación, así como del matrimonio, ha derramado una ola fresca y poderosa de amor sobrenatural en vuestro corazón. Es un amor que brota del interior de la Trinidad, de la que la familia humana es imagen elocuente y viva”.

La familia cristiana es iglesia. Y así, responde con razón: “Yo soy una *pequeña iglesia*, una iglesia doméstica”. La familia es también luz: “Cada familia trae una luz, y cada familia es una luz. Es una luz, un faro, que debe iluminar el camino de la Iglesia y del mundo en el futuro”. Por ello, las familias cristianas son enviadas a la misión evangelizadora: “En la Iglesia y en la sociedad ha llegado la hora de la familia, que está llamada a desempeñar un papel de protagonista en la tarea de la nueva evangelización. Del interior de las familias, entregadas a la oración, al apostolado y a la vida eclesial, surgirán vocaciones auténticas”.

En definitiva, la familia cristiana es enviada para ofrecer a cada hombre y a la entera sociedad la vida divina que ha recibido. Por ello, puede responder también con toda verdad: “Yo soy *gaudium et spes*, el gozo y la esperanza”. Cuando los pueblos rechazan el proyecto divino se cierne sobre ellos la tenebrosa amenaza de la mentira que deja destrucción, tristeza y desesperación. Es lo que tantas veces ha denunciado el mismo Papa al hablar de la contra-cultura de muer-

te, la cual, al desconocer la verdad del ser humano a la luz de la revelación divina, mina los fundamentos de una convivencia justa. En cambio, la acogida del evangelio del matrimonio y de la familia abre el horizonte a un futuro de plenitud humana. Por ello, conocer mejor las enseñanzas sobre el amor conyugal de Juan Pablo II, *el Papa de la familia*, nos ayudará en la reconstrucción de una cultura y de una sociedad que sean realmente dignas del hombre.

CAPÍTULO 1. “CREO EN EL MATRIMONIO Y LA FAMILIA”

1. “El ‘credo’ del matrimonio, de la familia, de la vida”

a. Profesión de “fe familiar”

En este capítulo inicial –que constituye como un pórtico de entrada al hermoso paisaje que nos disponemos a contemplar– se presenta y estudia una inspirada enseñanza de Juan Pablo II sobre el matrimonio y la familia. Se trata de la homilía de la Misa en clausura del primer “Encuentro Mundial con las Familias”, pronunciada en Roma, el 9 de octubre de 1994. Lleva por título “El ‘credo’ del matrimonio, de la familia, de la vida”¹. El mismo Santo Padre ya usó con anterioridad –al final del quinto ciclo (“El matrimonio cristiano”) de sus espléndidas catequesis sobre la “teología del cuerpo humano”, en los primeros años de su pontificado– la expresión “*credo conyugal*”, para referirse a la oración de Tobías y Sara el día de su boda (cf. Tob 8,4-17). Refiere la historia sagrada que los recién casados, en la noche de bodas bendicen al Creador del matrimonio y se insertan conscientemente como un “nuevo eslabón” en la cadena de alianzas conyugales que se remite a los inicios del hombre, al misterio “del principio” cuando Dios formó a Adán y Eva y bendijo su unión como marido y mujer².

El texto de la homilía que vamos a considerar se trata de un *magisterio* que se podría calificar como “*mistagógico*”, por cuanto tiene lugar dentro de la acción sagrada o litúrgica, celebración del memorial de la salvación. Tras la proclamación de la Palabra de Dios, que desvela el designio o la economía del

¹ Puede verse el texto en edición bilingüe (italiano y castellano), en: A. SARMIENTO - J. ESCRIVÁ-IVARS (eds.) *Enchiridion Familiae. Textos del Magisterio Pontificio y Conciliar sobre el Matrimonio y la Familia (siglos I-XX)* (Pamplona 2004²) vol. VII, 6130-6139.

² Cf. JUAN PABLO II, *Hombre y mujer lo creó* (Madrid 2000) 609-610.

comunicarse divino, incluyendo el “gran misterio” del matrimonio y la familia, se desentraña y explica esa revelación divina, que contiene una llamada a un *diálogo sponsal de salvación*. Viene después la respuesta del Pueblo creyente, que –ayudado por la gracia sobrenatural– profesa la fe, aceptación agradecida del plan de Dios Creador y Redentor, como una dádiva de vida para la humanidad. El matrimonio, la familia y la misma vida del hombre son, entonces, comprendidos como don de Dios y objeto de fe, de adhesión personal y comunitaria, como invitación divina y vocación a construir una comunión humana específica. El mismo género homilético del texto –con un tono exhortativo apasionado– explica su sentido de *anuncio de la buena nueva del matrimonio y de la familia* como misterios de salvación que se nos invita a reconocer y agradecer a Dios en actitud de alabanza. Recuerda también la necesidad de suplicar para que renueve ese don de la gracia sacramental del matrimonio y de la caridad que lo alimenta. Y, por último, la celebración concluye con el envío misionero a ser apóstoles del matrimonio y la familia. La “fe familiar” celebrada contiene, por tanto, proclamación de la Palabra revelada, oración y compromiso de vida. Pero conviene que antes de considerar el texto papal reflexionemos sobre qué significa el acto de fe “familiar”, *qué supone afirmar “creo/creemos” referido al matrimonio y a la familia*.

b. “*Credere Deo, credere Deum, credere in Deum*”

El matrimonio y la familia *se hallan dentro del credo, son objeto de la fe de la Iglesia*. No son meras instituciones humanas, cuyo contenido viene determinado exclusivamente por la autonomía de la voluntad de los individuos o de los legisladores, o por las circunstancias socio-culturales. Se trata, en su realidad más profunda, de *misterios de la revelación divina*, conforme al plan de salvación. La fe es un gran don de Dios (una gracia sobrenatural) y, al mismo tiempo, la respuesta personal (acto humano libre y razonable) al Dios que se manifiesta y comunica, entra en la historia, habla al hombre y le llama a una alianza de vida y amistad con Él.

La fe es un acto humano personalísimo –“creo”–, indelegable, que cada uno ha de realizar desde su “yo”, desde su inteligencia y voluntad, elevadas por la acción divina. Y, al mismo tiempo e inseparablemente, una adhesión comunitaria –(nosotros) “creemos”–, pues Dios se ha revelado a un Pueblo que ha constituido en su Pueblo santo (Iglesia, asamblea santa congregada para la alabanza) y quiere salvarnos comunitariamente³. Pues bien, una tesis central que

³ Sobre la definición y descripción del acto de fe, véase: CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 15-VIII-1997, nn. 142-184; JUAN PABLO II, *Creo en Dios Padre. Catequesis sobre el Credo (I)* (Madrid

vamos a considerar en este trabajo es la afirmación de que *el contenido de la fe y el acto mismo de creer incluyen también las dimensiones familiar y matrimonial*.

Puede ofrecer mucha luz al respecto la conocida distinción de San Agustín del triple aspecto del acto de fe en relación con Dios, que se ha convertido en una fórmula clásica de la doctrina cristiana: *credere Deo, credere Deum, credere in Deum*⁴. El primer aspecto, *credere Deo*, expresa el “motivo formal”, el “*por qué*”, del acto de fe: es la adhesión a Dios mismo, que se nos manifiesta. El Dios revelado es Alguien que ha dado pruebas de que es fiable, pues no solo es perfecto en sí mismo y en sus obras, sino que, además, quiere efectivamente el bien del hombre, ya que es el Amor todopoderoso. En este sentido, la fe consiste en el acto personal por el que el sujeto cree, por el que acoge la gracia sobrenatural de la fe (*fides qua*). Creer no es ver ni comprender, sino fiarse de la Palabra del que todo lo ve y todo lo comprende, porque es la misma Sabiduría creadora, Amor en sí mismo, origen de todos los seres, fuente de la bondad y la belleza.

La segunda dimensión, *credere Deum*, significa que Dios mismo, su Ser, es la realidad, el “objeto material”, el contenido mismo de la verdad revelada y aceptada. En este sentido, Dios es “*lo que*” se nos propone para acoger como real y verdadero, aquello que creemos, el misterio en el que debemos creer. Se trata, pues, de la doctrina de fe en la que se cree (*fides quae*). Creemos en Dios, en su Realidad inefable, en su Misterio trascendente. Pero ese Dios no es algo ajeno o al margen del “mundo”, sino que está presente de modo sublime en todas sus obras, y de modo muy particular en el ser humano. Por tanto, como veremos, el misterio del Dios verdadero en quien creemos llena de su luz y de su presencia sagrada la creación entera, y en especial al hombre, que refleja de modo personal en el mundo visible la huella de su Autor.

Por último, viene un tercer aspecto de la fe, el *credere in Deum*, para referirnos al acto de fe en cuanto Dios es su causa final, su término. Dios mismo, Aquel que es el origen de toda la creación y de la familia humana, que sostiene todo con su poder invisible, resulta también el lugar personal “*hacia donde*”

1996) 39-59; sobre su contenido, véase: PABLO VI, *Solemne profesión de fe*, 30-VI-1968, en: *El Credo del Pueblo de Dios. Comentario teológico por Cándido Pozo* (Madrid 1975).

⁴ Cf. S. AGUSTINUS, *Sermo de Símbolo*, c. 1: PATROLOGIAE CURSUS COMPLETUS. SERIE LATINA, J.-P. MIGNE (ed.) (Paris 1864-1865) (PL) 40, 1190. Santo Tomás de Aquino usa y considera asiduamente dicha fórmula: cf. S. THOMAE AQUINATIS, *Summa Theologica II-II* (Matriti 1963³) q. 2, art. 2 y par. Cf. C. IZQUIERDO, *Teología fundamental* (Navarra 1998) 272-274; F. OCÁRIZ - A. BLANCO, *Revelación, Fe y Credibilidad* (Madrid 1998) 241-243; J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo* (Salamanca 2005) 71 s.; J. MOURoux, *Creo en ti. Estructura personal del acto de fe* (Barcelona 1963).

se dirige, se mueve u orienta, el hombre que cree, personal y comunitariamente. Dios es Aquel que el creyente espera alcanzar definitivamente. Él ha creado en un designio no necesario, sino completamente libre y amoroso, y quiere que el hombre participe de su misma intimidad eterna, en la medida posible a una criatura personal. Creer es, por tanto, ponerse en camino hacia Dios como cima o meta, dirigir nuestros pasos, nuestros actos, hacia el Dios-Comunión que nos atrae y nos llama a la eterna comunión de vida y amor con Él.

c. La estructura 'familiar' de la fe

Pues bien, en los tres aspectos del acto de fe nos encontramos de diversos modos con el matrimonio y con la familia. En efecto, si nos fijamos en el primer aspecto *-credere Deo-* en el que nos preguntamos “¿por qué creo?, ¿cuál es el motivo último de mi acto de fe?”, respondemos: “la condición para que crea es que sea amado; solo creería, sólo me fiaría *plenamente* de un sujeto personal que sea el Ser Supremo y que sea para mí Amor de benevolencia. *Sólo me confío a quien me ama* verdaderamente, sólo en él pongo mi vida”. Ahora bien, precisamente esto es lo que ha hecho el Dios que se ha revelado en la historia de la salvación, que ha convertido su encuentro con el hombre en *historia de amor misericordioso* (cf. Sal 136). Él nos ha amado primero (cf. 1 Jn 4,7-21). Nuestra fe en Él no es una locura absurda e inhumana; la fe en el Dios vivo y verdadero es, ciertamente, razonable, segura, se fundamenta en la sólida base de las pruebas de su existencia y de su amor por nosotros, que son signos de credibilidad.

Pero hay más todavía, porque Dios mismo, previamente, “ha tenido fe en el hombre”; Dios “*ha creído y cree*” en el hombre. Y, en su caso, esa “fe” ha sido –podríamos expresarlo así– “poco razonable”, ha sido un exceso de confianza; su amor por sus hijos, los hombres, le ha llevado demasiado lejos. En efecto, Dios se ha fiado del hombre, ha confiado en su criatura, se ha arriesgado –por decirlo de un modo antropomórfico– a poner su misma vida en nuestras manos. El Todopoderoso, al decidir formar criaturas libres y esperar que acepten su amistad, se ha hecho a sí mismo vulnerable, débil, expuesto al peligro de no ser correspondido, de ser rechazado. Se ha fiado de los hombres –de mí, de nosotros–, que somos realmente poco fiables y que, de hecho, le hemos fallado, hemos traicionado esa confianza “increíble” de Dios-Amor en nosotros. Él se ha fiado hasta las últimas consecuencias, hasta el límite, excesivamente, dispuesto a entregarnos a su propio Hijo amado y a permitir su muerte en cruz (cf. Rm 8,31-39). Por todo ello, el hombre que conoce este amor inmenso de su Creador y Redentor por él puede y debe decir con toda confianza, rendido a este derroche divino: “Dios mío, creo en ti, confío en ti” (cf. Sal 91).

Ahora bien, la familia es el ámbito en el que uno vive radicalmente en la intimidad del otro, confiado al otro, cónyuge, hijo, progenitor, hermano. Si la confianza es acto familiar, *la fe como acto de confianza es también profundamente familiar*. Las tres personas divinas viven “confiadas familiarmente” cada una en las otras. La teología expresa este misterio de la íntima vida divina trinitaria con el término *circuminsessio* o *perichóresis*⁵. Se trata de vivir dentro, en la intimidad del otro, haciendo de la vida del otro la propia, y viceversa. Ahora bien, al confiarse Dios al hombre entabla una relación familiar con su criatura personal. Nos ofrece su intimidad, nos invita a ella, mediante la confianza recíproca.

Después de considerar que el Dios que nos ha amado hasta el extremo es digno de fe, de confianza plena, podemos adentrarnos en la consideración de cómo es en sí mismo ese Creador que actúa así con sus criaturas. De este modo, más allá de las distinciones, vemos que el motivo y el contenido de la fe se hallan profundamente correlacionados, la *fides qua* y *fides quae* se implican mutuamente en el Dios-Amor. En efecto, si con tanto amor se dirige hacia mí –hacia cada uno– el que me ha creado, es porque Él en sí mismo es Amor, amor perfecto, divino; debe ser en realidad, Él mismo, en lo íntimo de su Ser perfecto, Comunión de Amor eterno. Ahora bien, la familia es esencialmente comunión de amor estable y fecundo. Por tanto, el Dios Comunión de Amor *debe ser “Familia”* –en un sentido divino, trascendente, inefable– en sí mismo y en sus internas relaciones interpersonales.

d. Motivo, contenido y fin ‘familiar’ de la fe

Hemos considerado que el creyente está personalmente implicado en el acto de fe en Dios, y que ese acto es de confianza en el que ha demostrado en los acontecimientos de la historia de la salvación que es Amor todopoderoso. Cabe dar un paso más: el hombre que cree no es ajeno al contenido de la misma fe, es decir, el misterio insondable de Dios, Comunión familiar de Amor. También *el hombre se encuentra, en lo más profundo de su ser, implicado en el misterio de Dios*. En efecto, el Dios único y verdadero, que es “Familia” y origen de toda perfección creada, al crear al hombre de la nada “a su imagen y semejanza” le hace participar de lo íntimo de su Ser, le comunica algo de sí mismo, del “Nosotros” divino. Dios le comunica por la gracia –en la infinita distancia

⁵ Cf. ENCHIRIDION SYMBOLORUM DEFINITIONUM ET DECLARATIONUM DE REBUS FIDEI ET FORUM, H. DENZINGER – A. SHÖMEZTER (eds.) (Barcelona, Friburgo, Roma 1976³⁶) (DS), nn. 532, 800, 804, 1331; F.L. MATEO SECO, “Dios”: C. IZQUIERDO – J. BURGGRAF – F.M. AROCENA (dir.) *Diccionario de teología* (Navarra 2006) 253-254.

que hay del “Ser en sí” al “ser por otro” – su misma relación familiar. Él hace al hombre “nosotros” humano, “ser de” (es decir, “ser desde o por”) una comunión, y al mismo tiempo, “ser para” (es decir, “ser proyectado hacia”) una comunión. Y nos constituye a cada uno, en lo más íntimo de nuestro ser, en *persona*, es decir, *alguien estructural o esencialmente familiar*. Así, en el contenido de la fe se encuentra también el misterio del hombre, que participa del Misterio inabarcable que es Dios. Por tanto, esa *fe en el Dios-Comunión de Amor, que contiene su ser familiar, su ser “Familia”, abarca al hombre mismo*, que ha sido constituido como sujeto familiar e introducido como hijo amado en la “Familia” trascendente de Dios.

Además, esa dimensión familiar no sólo atañe al contenido de la fe en Dios, que inserta e incluye al hombre mismo, sino que, de nuevo, *el acto de creer es en sí mismo “familiar”*. En efecto, por no ser creado como mero individuo sino como sujeto personal dentro de una comunión, el acto personal en el que afirmo “creo”, mi confesión de fe, no es sólo un acto mío, acto de un “yo” completamente autónomo y solitario, sino que es el acto de un “nosotros” humano; es un “nosotros creemos”, un acto de fe compartido en una comunión familiar humana, es un “creer con” o un “con-creer”. Se entiende así que la fe, si bien es un acto personalísimo del sujeto conducido interiormente por la gracia, ha de darse comunitaria y eclesialmente. Por tanto, *la fe es adhesión “familiar” al Dios “Familia”, que al crearnos nos constituye en familia humana, llamada a constituirse por la fe sobrenatural en familia creyente*.

Consideremos desde la perspectiva familiar la segunda dimensión de la fe en relación con Dios que proponía la fórmula agustiniana, es decir, el contenido mismo que creemos, *credere Deum*. Hemos visto que la causa para creer es que el Dios que se nos revela personalmente es fiable, porque ha demostrado con creces que nos ama sin límite, infinitamente, lo cual implica que Él, en sí mismo, es Amor esencial (*ad intra*) y todo lo que hace es por amor y comunicando su mismo ser amoroso (*ad extra*). En efecto, los actos de amor perfecto implican la existencia de personas y de las relaciones interpersonales de amor. Eso es precisamente *la esencia de la familia*, a saber, *ámbito de donación plena que conforma una comunión interpersonal*. La Trinidad divina es en sí misma “Familia”, es la “Familia” perfecta y, por tanto, el modelo y la fuente de todas las realidades y las relaciones familiares que puedan existir en la creación.

Por tanto, para entender, el sentido de la realidad familiar humana, hemos de mirar su origen primero, su ejemplar perfecto y su destino final. La realidad familiar humana –que brota del matrimonio y está íntimamente ligada al mismo– participa, si bien en la infinita distancia, de este misterio de la Comunión “familiar” divina. Por eso hemos afirmado que el matrimonio y la fami-

lia, en cuanto constituyen partes integrantes de la economía que manifiesta y despliega el designio de Dios en la historia, son también objeto de fe, son misterios divino-humanos. Por ello, *sólo desde la fe y en la fe se puede entender hasta el fondo la verdad de la familia y el hombre mismo.*

e. *Hacia la “familia” celestial*

Y llegamos al tercer aspecto del acto de fe divina, *credere in Deum*, es decir, llegamos al “lugar” personal, al “Tú/Vosotros”, hacia el que se dirige el creyente. Es el fin de nuestra travesía, de nuestra peregrinación familiar. El Dios vivo y verdadero, que es en sí mismo “Familia” y que al crear seres personales deja en ellos profundamente grabada su *huella familiar*, nos llama, nos atrae hacia la vida eterna en la morada del cielo. Él revela que *nos ha creado porque desea que entremos en el misterio de su “Hogar Familiar”*. Sólo Él nos ofrece un amor más grande y poderoso que las diversas limitaciones, un amor más fuerte que la muerte (cf. Ct 8,6-7). Nuestro fin último es habitar eternamente en la casa de Dios (cf. Sal 23), que será nuestra verdadera casa. Esta es la historia del hombre, nuestra historia. Hemos sido puestos “al principio” en el paraíso, en la intimidad, en el jardín de la casa de Dios. El rechazo de esa confianza originaria nos llevó al destierro. Vagamos como hijos pródigos fuera del hogar, dilapidando nuestra herencia, nuestra dignidad filial. El Padre nos envió a su Hijo amado para rescatarnos y permitir nuestro regreso a Casa, al paraíso celeste (cf. Lc 15,11-32; Ap 22)⁶.

Ese don y esa vocación a construir la comunión familiar en la existencia terrena contienen la promesa de la comunión celestial, del “Hogar” eterno. Ese fin no es ajeno a las vicisitudes terrenas sino que impregna las motivaciones decisivas en las realidades temporales. Así, la esperanza de alcanzar la meta anunciada moviliza el empeño por avanzar hacia ese destino trascendente mediante el *compromiso por conformar comuniones familiares humanas gracias a las obras del amor*. Por tanto, el destino último del amor familiar humano trasciende el límite de la dimensión temporal y se halla proyectado hacia la plenitud de la comunión eterna. Gracias a las promesas divinas, que generan esperanza sobrenatural, que incluye la “*esperanza familiar*”, no hay separación total entre el actuar amoroso en el presente para hacer familia en este mundo y la futura *plenitud escatológica “familiar”*, sino profunda continuidad entre ambas dimensiones. Podríamos expresarlo diciendo que cuando, por la misericordia divina, entremos un día en el cielo, nos daremos cuenta de que esa es por fin nuestra

⁶ Cf. JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Reconciliatio et poenitentiae*, 2-XII-1984, nn. 5-6.

familia verdadera y plena, por la que suspiramos y trabajamos durante toda la vida terrena; nuestros amores familiares auténticos no son aniquilados con la muerte, sino que ahora los encontramos transfigurados en la comunión familiar del cielo con Dios. Dejaremos las sombras de la familia terrena y entramos en la luz de la familia celestial.

En resumen, haciendo uso de la analogía familiar las tres dimensiones del acto de fe en la formulación clásica iluminan los diversos sentidos en que se afirma “creo/creemos” con relación al matrimonio y a la familia. Así, la fe en el matrimonio y en la familia cristianos es, en primer lugar, *confianza en la gracia sacramental*. Es también *fe en el matrimonio-sacramento* de la nueva alianza, que asume el proyecto creacional y lo convierte en signo eficaz del amor esponsal de Cristo. Y es, por último, *fe-esperanza en la plenitud de la comunión familiar escatológica*.

Con estos presupuestos podemos presentar y comentar el contenido de la Homilía objeto de nuestro estudio en este trabajo. Juan Pablo II cita ordenadamente algunos fragmentos del símbolo apostólico y del credo niceno-constantinopolitano para estructurar, a partir de los mismos, el “credo familiar” como implicado en la fe de la Iglesia. Haremos referencia a otros muchos pasajes del magisterio este Papa que realmente ha creído en la familia y ha reflexionado profundamente sobre ella⁷.

2. “Creo en Dios Padre todopoderoso, Creador... de quien toma nombre toda familia”

“Profesamos nuestra fe en Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra. El libro del Génesis, expone la verdad sobre la creación. En particular, recuerda la verdad sobre la creación del hombre «a imagen y semejanza de Dios» (Gn 1,27). Como varón o mujer, el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios mismo: «varón y mujer los creó» (Gn 1,27). En ellos tiene comienzo la comunión de las personas humanas. El hombre-varón «abandona a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne» (Gn 2,24). En esta unión transmiten la vida a nuevos seres humanos: llegan a ser padres. *Participan de la potencia creadora del mismo Dios*. Hoy, todos los que, mediante su maternidad o su paternidad, se asocian al misterio de la creación, profesan a «Dios,

⁷ Esa fe humana y teologal en el matrimonio y en la familia son una constante en su trayectoria personal, tanto como sacerdote y obispo, entregado a la pastoral familiar y al acompañamiento de parejas, como en su tarea docente y académica. Cf. G. WEIGEL, *Biografía de Juan Pablo II. Testigo de esperanza* (Barcelona 1999) 199-204. 518-522.

Padre Todopoderoso, Creador...». *Profesan a Dios como Padre*, porque a Él deben su maternidad o paternidad humana. Y, profesando su fe, se confían a este Dios, «de quien toma nombre toda familia en el cielo y en la tierra» (Ef 3,15), por la gran tarea que les corresponde personalmente como padres: la labor de educar a los hijos. «Ser padre, ser madre», significa «*comprometerse en educar*». Y educar quiere decir también «generar»: generar en el sentido espiritual⁸.

a. Fe y experiencia de la verdad del matrimonio

La profesión de fe cristiana comienza confesando a Dios como Creador y Padre. Ahí empieza también el “credo familiar”. Pero conviene responder a una objeción previa, para aclarar la validez –e incluso la universalidad– de esta doctrina. Si la realidad personal del Ser divino como Padre y Origen personal del ser de todas las criaturas constituye el inicio de la fe, entonces, ¿quiere decir que el conocimiento de Dios es algo reservado a los creyentes? En absoluto. La Iglesia afirma y sostiene que –a pesar de que la razón humana está herida como consecuencia del pecado original– el *conocimiento de Dios como Creador* es también accesible, en cierta medida, a todos⁹.

Por su parte, *la realidad del matrimonio en el orden de la creación* que enseña la Iglesia, ¿es algo peculiar y exclusivo de los católicos?, ¿es inaccesible a la razón humana? En absoluto. También puede el hombre conocer los elementos e implicaciones esenciales de dicha realidad matrimonial, instituida por el Dios trascendente y todopoderoso, que ha creado todo libremente y de la nada para comunicar su gloria. Así, la Iglesia afirma que *la esencia del matrimonio* –sus notas fundamentales– es válida para todos y *todos pueden conocerla*, pues pertenece a la naturaleza del ser humano, a la ley natural impresa por el Creador en nuestra humanidad común¹⁰.

⁸ JUAN PABLO II, Homilía: “El ‘credo’ del matrimonio, de la familia, de la vida”, en: *Enchiridion Familiae*, cit., vol. VII, 6130 s.

⁹ Cf. CONCILIO VATICANO I, Constitución dogmática “*Dei Filius*” de *fide catholica*, 24-IV-1870: DS, n. 3005.

¹⁰ Cf. SANTA SEDE, *Carta de los Derechos de la Familia*, 22-X-1983, preámbulo: “la familia está fundada sobre el matrimonio, esa unión íntima de vida, complemento entre un hombre y una mujer, que está constituida por el vínculo indisoluble del matrimonio, libremente contraído, públicamente afirmado, y que está abierta a la transmisión de la vida (B); la Iglesia Católica, consciente de que el bien de la persona, de la sociedad y de la Iglesia misma pasa por la familia, ha considerado siempre parte de su misión proclamar a todos *el plan de Dios intrínseco a la naturaleza humana sobre el matrimonio y la familia*, promover estas dos instituciones y defenderlas de todo ataque dirigido contra ellas (L)”.